

## Espacios queer: hacia una dinámica de visibilidad e integración

Raúl A. Galoppe\*  
Montclair State University

### Resumen

186 187

Los espacios queer no son lugares físicos sino áreas de probabilidades en un espacio social abierto a la tolerancia por la diferencia y la ambigüedad. Dichos espacios promueven dinámicas de visibilidad e integración que, en la argumentación de Laurent Berlant y Michael Warner, propician posibilidades alternativas de identidades, inteligibilidades, públicos, culturas y sexualidades que desplazan el privilegio de la heteronormatividad en la cultura sexual. Comenzando con una breve historia de los movimientos LGBTQ (Lésbicos, Gay, Bisexuales, Transexuales, Queer) enmarcada teóricamente por construcciones lacanianas de subjetividad, la conceptualización de Michel Foucault sobre biopoder, los planteos de performatividad e identidad de Judith Butler, entre otros, se intenta un mapeo de la agencia queer como espacio de resistencia transcultural. Finalmente, se indaga sobre construcciones y representaciones queer de larga data, aunque invisibles o camufladas, en contraste con nuevos paradigmas recientes y se enfatiza la importancia de la visibilidad y la integración en los distintos ámbitos comunitarios.

### Palabras clave:

· estudios LGBTQ · identidad · representaciones · sexualidad  
· Teoría queer

\* Profesor titular en el Departamento de Español e Italiano y en el Programa de Estudios de Mujeres y Género de Montclair State University en Nueva Jersey, EE. UU. Ph. D. en Letras Hispánicas, University of Missouri-Columbia. Cocreador y primer coordinador del Programa de Estudios GLBTQ (2008-2010). Su investigación ha sido merecedora de una Beca Fulbright (2011-2012) con asiento en la Universidad Nacional del Litoral. Ha publicado libros y artículos sobre representaciones queer en literatura, teatro, cine y sociedad.

### **Abstract**

Queer spaces are not physical places but areas of probabilities within a social space open to tolerance for the different and the ambiguous. Such spaces promote dynamics of visibility and integration that, according to Laurent Berlant and Michael Warner, foster alternative possibilities of identities, intelligibilities, publics, cultures, and sexualities challenging the privilege of heteronormativity in sexual culture. Starting with a brief history of the LGBTQ (Lesbian, Gay, Bisexual, Transsexual, Queer) movements, theoretically framed by, among others, Lacanian constructions of subjectivity, Michel Foucault's conceptualization on biopower, and Judith Butler's arguments on performativity and identity, this address maps the queer agency as a space of transcultural resistance. Finally, it concentrates on long-existing queer constructions and representations, though invisible or camouflaged, in contrast with new and recent paradigms and emphasizes the importance of visibility and integration into different communal spaces.

### **Key Words:**

· LGBTQ Studies · Identity · Representations · Sexuality · Queer Theory

### **Un intento de definición**

“Queer” es un término de difícil anclaje en la cadena de significación. La voz inglesa data del siglo XVI y originariamente se empleaba para designar lo extraño, lo oblicuo, lo perverso. A partir de las primeras décadas del siglo XX se utilizó, de manera despectiva y altamente ofensiva, para referirse a los homosexuales y desde entonces su connotación quedó por siempre asociada con lo no-heteronormativo. Sin embargo, en los últimos 30 años aproximadamente la voz cobró nuevas dimensiones al verse apropiada por los mismos grupos que sufrían el estigma de su significación. En la actualidad, “queer” ya no es un insulto sino el nombre de una teoría, un campo de estudios y un espacio para la militancia.

Aún así, su alcance semántico se mantiene esquivo e indeterminado a pesar de haberse internalizado en círculos académicos y artísticos. Por lo tanto, intentar una definición, según muchos, es no sólo imposible sino innecesario. Como explica David M. Halperin, “queer es todo aquello que se estrella contra lo normal, lo legítimo, lo dominante. No hace referencia a nada en particular. Es una identidad sin esencia. Queer, por lo tanto, no se define por lo que es sino por cómo eso que tiende a ser se posiciona en relación con la normatividad” (Halperin, 1995:62).<sup>1</sup> Parfraseando a Jill Dolan, lo queer incluye numerosas estrategias que se definen en términos de multiplicidad, apertura, contradicción y contención. Queer no

es un ser sino un hacer, es la relación del sujeto con el poder hegemónico, con la marginalidad como lugar de empoderamiento. Lo queer abre espacios para aquellos que abrazan todas las formas de práctica e identidad sexuales (Dolan:5).

Es importante comprender, no obstante, que los espacios queer no son lugares físicos sino áreas de posibilidades en ámbitos sociales abiertos a la tolerancia por la diferencia y la ambigüedad. Dichos espacios promueven dinámicas de visibilidad e integración que, en la argumentación de Laurent Berlant y Michael Warner, propician posibilidades alternativas de identidades, inteligibilidades, públicos, culturas y sexualidades que desplazan el privilegio de la heteronormatividad en la cultura sexual (Berlant, Warner:548).

Comenzando con una breve historia de los movimientos LGBTQ (Lésbicos, Gay, Bisexuales, Transexuales y Queer) enmarcada teóricamente por construcciones lacanianas de subjetividad, la conceptualización de Michel Foucault sobre biopoder, los planteos de performatividad e identidad de Judith Butler, entre otros, se intenta un mapeo de la agencia queer como espacio de resistencia transcultural. Finalmente, se indaga sobre construcciones y representaciones queer de larga data, aunque invisibles o camufladas, en contraste con nuevos paradigmas recientes y se enfatiza la importancia de la visibilidad y la integración en los distintos ámbitos comunitarios.

188 189

### **Caminos convergentes**

La teoría queer vio la luz a comienzos de 1990 en ámbitos académicos de los EE. UU. con tres objetivos fundamentales: 1) brindar un entramado teórico interdisciplinario que permita desafiar la falacia binaria del género en unívoca correspondencia con el sexo biológico; 2) ofrecer un espectro de representaciones queer en todos los campos del hacer humano; y 3) organizar estrategias de visibilidad y militancia política a fin de lograr igualdad de oportunidades para todas las personas marginadas por sus sexualidades disidentes. Su gestación es el resultado de múltiples convergencias sociopolíticas de larga data que comienzan con las luchas raciales de mediados de la década de 1950 en adelante, y continúan con las corrientes feministas de las décadas de 1960 y 1970 y, posteriormente, los movimientos gay ylésbicos.

En todos los casos, la Academia no tardó en hacerse eco y acompañar los cambios sociales que venían desarrollándose. En realidad, en muchas instancias sirvió de plataforma de despegue y motor impulsor desde sus departamentos y centros. En el caso de los estudios LGBTQ, estos ámbitos académicos cumplen una doble función. Por un lado promueven el desarrollo de una investigación sistemática desde distintos ángulos, ya sean historiográficos, sociológicos, literarios, psicológicos, etc. de manera más o menos interdisciplinaria mientras que por el otro sirven de espacio para la (auto)representación de sus integrantes, profesores y alumnos, quienes encuentran allí un espacio de identidad y proyección social (Galoppe:19).

La comunidad LGBTQ reconoce como punto histórico de inflexión la revuelta de Stonewall ocurrida en la ciudad de Nueva York la madrugada del 28 de junio

de 1969. El episodio marca el momento en que la resistencia de un grupo de homosexuales, lesbianas y transexuales a la agresión policial sirve como detonante para que toda una comunidad unida por el común denominador de su sexualidad descubra que existe un poder inherente en la unidad, aun si esa unidad se aglutina en una identidad hasta entonces marginal y marginada. Del mismo modo que el acto de desobediencia civil de Rosa Parks —la costurera negra de Alabama que rehusó darle el asiento a un pasajero blanco y moverse al fondo del bus como era costumbre en 1955— desencadenó el movimiento de lucha por los derechos civiles que cambió la dinámica racial de los EE. UU., Stonewall es el detonante de la lucha por los derechos de las minorías sexuales y el momento en que la comunidad LGBTQ se hizo visible y comenzó a integrarse.<sup>2</sup>

Como bien señalan Dudley Cledinen y Adam Nagourney, antes de Stonewall los homosexuales carecían de marcas físicas o culturales que los identificaran y les dieran sentido de identidad (Cledinen, Nagourney:12). Si bien pueden rastrearse estéticas y dialectos compartidos por comunidades no heteronormativas, no existía el (auto)reconocimiento como parte de un grupo con una historia común. Stonewall es un punto decisivo cuyo legado es la lucha, aún en desarrollo, por la igualdad de derechos lésbicos, gay, bisexuales y transexuales (Carter:266).

### **Marco teórico**

Intentar la captura de un marco teórico para lo queer encierra riesgos de sobregeneralización y prescripción, lo cual es contrario al espíritu mismo de la queeritud. Después de todo, el término “teoría queer”, acuñado por Teresa De Lauretis en 1990, surge como llamado de atención a la creciente complacencia formulaica y homogeneizante que los estudios LGBT iban ganando en círculos académicos, especialmente los dominados por las Ciencias Sociales empíricas (Halperin, 2003:339-340). Es innegable, no obstante, que luego del escandaloso impacto producido con su creación, el alcance del concepto ha cobrado vida propia como cuerpo de estudios y su importancia en el derrotero del estudio de identidades y sexualidades no ha sido aún cuantificada. Lo que sí se sabe —y se teme— es que tanta repercusión académica, no sólo entre homosexuales sino también entre heterosexuales, amenaza con convertir a la “teoría queer” en una teoría “normalizada” por el mismo canon al que intenta oponerse: el de la normatividad (341). También es innegable que sus antecedentes pueden encontrarse, paradójicamente, en identidades LGBTQ, feministas y hasta étnico-raciales. En suma, la teoría queer se desprende de —y a la vez refleja a— todos los grupos descentrados cuyas identidades se pivotan por la sexualidad y su prerepresentación.

Como toda teoría posmoderna, su base de sustentación es el desafío a la legitimación del conocimiento ante la pérdida de credibilidad de la “gran narrativa” propuesto por Lyotard (Lyotard, 1984:37). Viene al caso también tener en cuenta el descentramiento del sujeto que desea y su sexuación. Como lo formula Lacan

en su Seminario XX *Encore*, la sexuación se produce en el ámbito de la fantasía y por lo tanto no concibe el binarismo del género como simetría de las relaciones sexuales (Lacan:5-7). Si bien queda clara la deuda a Lyotard y Lacan, los discursos más significativos que impulsaron el desarrollo de los estudios queer provienen de Foucault, Sedgwick y Butler.

En *The History of Sexuality, Vol. 1: An Introduction*, Foucault denuncia el sometimiento del sujeto a grupos hegemónicos reguladores de su sexualidad a partir de la patologización de toda conducta que no encajara en los cánones puramente reproductivos (54). Como conclusión, enfatiza que podremos liberarnos cuando los emblemas de la sexualidad y el poder que los regula para someternos caduquen y den cabida a una economía diferente de cuerpos y placeres (159). Esta relativización de la sexualidad permite presuponer otras alternativas del placer y otras construcciones que fluctúan temporalmente, como en el caso de la homosexualidad, de psicopatología a mediados del siglo XIX a identidad a mediados del XX y finalmente a estilo de vida en el XXI.

190 191

Eve Kosofsky Sedgwick irrumpe en la escena académica en 1985 con el concepto de la homosocialidad, relaciones sociales entre hombres mediadas por un deseo homoerótico reprimido y sublimado hacia actos de camaradería. Estos actos, inscriptos en una “heterosexualidad obligatoria”, excluyen a la mujer y alimentan niveles profundos de homofobia (Sedgwick, 1992:1-3). Posteriormente en *Epistemology of the Closet*, Sedgwick propone que “muchos de los nódulos de pensamiento y conocimiento de la cultura occidental del siglo XX como totalidad están estructurados —en realidad, fracturados— por una crisis crónica, ya endémica, de definición homo/heterosexual (...) que viene de fines del siglo XIX” (2008:1).

Finalmente Judith Butler, cuyo seminal *Gender Trouble: Feminism and the Subversion of Identity* en 1990 abrió definitivamente la puerta de los estudios queer y les proporcionó fundamentos epistemológicos, retoma los paradigmas foucaultianos y lacanianos de la sexualidad y del deseo respectivamente y los reinterpreta desde posicionamientos feministas que desafían y desestabilizan las concepciones de género vigentes hasta la fecha. Ya que según Foucault la sexualidad es producida discursivamente, Butler propone que el género es una agencia performativa que parodia algo que no tiene origen, como la fantasía de una fantasía (Butler:175). De ese modo, el género puede convertirse en un acto político al pasar de la parodia a la militancia ya que la pérdida de las normas preestablecidas trae como consecuencia la proliferación de configuraciones de género que desestabilizan la identidad sustantiva enmarcada en la heterosexualidad compulsiva de sus protagonistas centrales: “hombre” y “mujer” (187). Allí precisamente anida la base fundamental, la plataforma de despegue de la queeritud.

### Construcciones y representaciones

En el antes y el después que significó Stonewall se da la escisión entre la invisibilidad y el camuflaje por un lado y los nuevos paradigmas de las subjetividades queer por el otro. Los estudios culturales surgidos en las últimas décadas se concentran en estas construcciones y representaciones e indagan en distintos corpus literarios, teatrales y cinematográficos los

denominadores comunes de dichas subjetividades y sus tratamientos. Distintas variables delimitan el campo de estudio, contándose entre ellas el deseo y la sexualidad de los autores, de los receptores o de los actantes; las relaciones de poder y resistencia entre los grupos subalternos y los hegemónicos; el rescate de figuras históricas anteriormente omitidas, ignoradas o distorsionadas por la negación de sus sexualidades disidentes; la deconstrucción de discursos heteronormativos y la búsqueda de indicios de apropiación de dichos discursos desde los márgenes. En suma, las mismas estrategias posmodernas de los feminismos, del psicoanálisis, y del poscolonialismo son queerizadas y aplicadas al análisis de textos.

Si bien abarcar la producción literaria, teatral y cinematográfica no heteronormativa escapa al alcance de este estudio, es conveniente intentar un mapeo general de los principales ejes temáticos que marcan la evolución del tratamiento y recepción de las problemáticas queer en las últimas décadas. Como es de imaginar, los años previos a Stonewall están signados por el hermetismo y la metaforización como estrategias de presentación y tratamiento implícito de la queeritud. En los casos explícitos, la representación de la homosexualidad era siempre conflictiva, patológica y con resoluciones moralizantes donde la “desviación” se pagaba con la muerte, la reclusión o la soledad. Generalmente estas temáticas encontraban más aceptación en formatos populares de bolsillo (*pulp fiction*) y formaban parte de un subgénero literario menor e ignorado por la crítica hasta luego de la irrupción de los estudios LGBTQ.

Entre los autores pioneros a ambos lados del Atlántico que se abrieron paso hacia temáticas queer tenemos a Gertrude Stein, E. M. Foster, Gore Vidal, James Baldwin, William S. Burroughs, John Rechy y Christopher Isherwood, entre otros. Todos ellos valiosos e innegables exponentes de la primera mitad del siglo XX que exploraron la autodeterminación de la identidad sexual y el deseo por el mismo sexo pero que no llegaron a crear un movimiento unificado sobre la base de la sexualidad. Stonewall, en cambio, marca el despegue de la literatura LGBT como categoría autoconfigurada. A partir de 1969 se experimentó un cambio radical de algún modo comparable al Boom Latinoamericano. El surgimiento de casas editoriales y librerías especializadas en la literatura LGBT creó una incesante demanda de nuevos autores identificados por sus sexualidades marginales cuyas prolíficas obras servían para documentar y reflejar la evolución cultural de los tiempos en que veían la luz. En un principio las publicaciones se concentraban en registrar la militancia LGBT a través de memorias e historias de “*coming out*”. Posteriormente se comenzó a explorar otras temáticas tales como las identidades queer, el homoerotismo, el SIDA, los romances alternativos y las nuevas familias. Un seguimiento pormenorizado del desarrollo y evolución de estas tendencias editoriales permite estudiar los avances culturales en la sociedad estadounidense con respecto a las sexualidades disidentes.

El teatro y el cine, por su parte, son considerados ámbitos queer por excelencia. El primero, según Alisa Solomon, es “el arte más queer” no sólo porque siempre ha ofrecido un espacio de identificación para gays y lesbianas sino porque es el arte potencialmente más ofensivo para el orden social en cuyos escenarios el cuerpo humano está presente en toda su sudorosa especificidad y donde la subversión del

género y la sexualidad siempre ha sido una constante (Solomon:9). El segundo, como documentó Vito Russo, es el mundo del deseo especular donde “la homosexualidad casi nunca es incidental o secundaria para los personajes gay (...) pues su sexualidad es siempre lo que lleva a incluirlos en la historia” (187). Su seminal estudio *The Celluloid Closet: Homosexuality in the Movies* expone subtextos queer camuflados como heteronormativos en los primeros 100 años de cinematografía hollywoodense y traza un bosquejo imprescindible del tratamiento de la homosexualidad a través del tiempo.

La interconexión entre cine y teatro siempre ha sido fluida resultando en cruces constantes entre escenarios y pantallas. Originariamente las adaptaciones se daban de Broadway a Hollywood pero más recientemente este camino se ha revertido y es ahora el teatro neoyorkino el que se nutre generalmente con productos cinematográficos. Por ubicarse cerca de los límites de lo permitido, las temáticas queer siempre ejercieron un especial atractivo para los productores a la vez que significaron un desafío para los adaptadores. Previamente a Stonewall, los conflictos homoeróticos eran disimulados o metaforizados en su traslado del teatro al cine. En *The Children's Hour* de Lillian Hellman, tanto como en *Tea and Sympathy* de Robert Anderson y en *Cat on the Hot Tin Roof* de Tennessee Williams, por ejemplo, los deseos lésbicos y homosexuales de sus protagonistas aparecen diluidos o patologizados en las versiones filmicas dirigidas por William Wyler, Vincente Minnelli y Richard Brooks respectivamente.

Un año antes de Stonewall aparece la primera representación de homosexuales como protagonistas absolutos y únicos en *The Boys in the Band*, la obra teatral de Mart Crowley estrenada en 1968 y trasladada a la pantalla en 1970 bajo la dirección de William Friedkin.<sup>3</sup> Ambientada en la terraza de un departamento de Manhattan, la obra presenta un grupo de homosexuales pre-Stonewall en lucha con sus identidades durante “una era encarnizadamente opresiva” (Schiavi:82). En su momento la obra originó críticas diversas que iban desde conceptos positivos como “un homenaje de estrás a la Manhattan gay de fines de los años '60” (75) hasta valoraciones encontradas que la describen como “un retrato anacrónico que pinta a los hombres gay como criaturas mórbidas y autodestructivas” (Rutledge:18). Más aún, según documenta Eric Marcus, la rendición cinematográfica de Friedkin provocó las primeras protestas gay contra una película de Hollywood (1993:412).<sup>4</sup> Aún en la actualidad, después de más de cuarenta años, es difícil equilibrar el sentimiento de nostalgia que el filme provoca —un sentimiento de orgullo y gratitud por ocuparse de una minoría sexual— con el rancio aroma de decrepitud que le invade a los públicos jóvenes, totalmente superados e indiferentes a las problemáticas de los gays urbanos del pasado. Quizás un equitativo término medio sería reconocer *The Boys in the Band* por su contribución a la visibilidad gay (aunque no de manera positiva) y por su premonitoria anticipación de la crisis del SIDA, de la que la obra se convierte en una fúnebre metáfora cristalizada en el despiadado parlamento de uno de los personajes: “Muéstrame un homosexual feliz y yo te mostraré un cadáver festivo” (Crowley:128).<sup>5</sup>

A partir de *The Boys in the Band*, los personajes homosexuales y sus problemáticas aparecen de manera constante y creciente en ambos medios. Es interesante destacar la evolución de sus conflictos y la manera en que éstos se resuelven en las décadas que siguen. La relación conflicto planteado/resolución propuesta es un claro indicador de los avances sociales con respecto a la aceptación de la alteridad sexual,

sobre todo en medio de los cambios fundamentales que acontecen en la década de 1980, década signada por la epidemia del SIDA y la indiferencia homofóbica del gobierno de Ronald Regan (1981–1989).

En 1982 se estrena *Making Love*, dirigida por Arthur Hiller, donde por primera vez el personaje principal, un médico en un matrimonio heterosexual, cuestiona su sexualidad y luego de separarse resuelve el conflicto entrando en una relación homosexual estable y feliz. Hacia fines de esa misma década, *Longtime Companion* escrita por Craig Lucas y dirigida por Norman René en 1989 surge como la primera obra que describe la irrupción de la epidemia del SIDA y describe su devastador efecto al documentar las vidas de un grupo de jóvenes gay y la hermana de uno de ellos. La película es efectiva al presentar una arista humana y sensible y producir un resultado positivo contra el estigma hacia las víctimas de la enfermedad. Casi una década más adelante, ahora durante la presidencia de Bill Clinton (1993–2001), la obra *Love! Valor! Compassion!* de Terrence McNally, estrenada en 1994 y llevada al cine en 1997 con dirección de Joe Mantello, avanza la representación queer un paso más al presentar un grupo de ocho amigos homosexuales que se reúnen a celebrar tres feriados en la casa de fin de semana de uno de ellos en las afueras de New York. Los feriados —el día que recuerda a los Caídos por la Patria, el Día de la Independencia y el Día del Trabajo respectivamente— marcan tres momentos simbólicos significativos: el comienzo del verano, su plenitud y la llegada del otoño. A diferencia de la obra de Crowley, aquí los conflictos que surgen en los tres encuentros no tienen que ver con la identidad gay sino que giran en torno de frustraciones profesionales, flirteos amorosos y disquisiciones existenciales sobre la vida y la muerte bajo la sombra amenazante de la crisis del SIDA, ya no una plaga irremediable sino una circunstancia más en el entramado de fatalidades. Como el título lo indica, la resolución es esperanzada y promueve el amor y la solidaridad interior ante la adversidad externa.

El nuevo milenio y los avances académicos en estudios LGBTQ traerán representaciones menos interesadas en el fenómeno queer como extrañeza y más concentradas en recorrer la historia no heteronormativa y sus protagonistas como meros cohabitantes de un mundo que se enriquece con la diversidad. Las obras y películas de esta nueva etapa son demasiado numerosas para incluirse en estas páginas. Se puede decir sin temor a exagerar que un alto porcentaje de las producciones más recientes tocan más o menos directamente temáticas que podemos considerar queer. Como muy bien lo expresa John M. Clum, “en los últimos veinte años, la homosexualidad (...) se trasladó de indicios y sugerencias indirectas cargadas de vergüenza a afirmaciones llenas de orgullo. El heterosexismo, antes considerado la norma, va desapareciendo de los escenarios como una fantasía, que nunca se realiza totalmente” (1992:12). Es evidente que mucho se ha avanzado desde los tiempos en que la disidencia sexual se representaba como una desviación que debía regularse y normalizarse. Sin embargo, los avances y la visibilidad pueden despertar sentimientos de homofobia y agresión en grupos reaccionarios. Es importante organizar espacios de trabajo para garantizar que los cambios se produzcan armoniosamente.



### Los espacios queer

La visibilidad y los avances sociales que ésta conlleva requieren especial dedicación y observancia para evitar contramarchas y retrocesos. Los espacios académicos dedicados al estudio y preservación de las sexualidades disidentes deben ser diversos, seguros y comunitarios.

Una vez abiertas las puertas de integración y diferenciación entre las distintas culturas es importante considerar modalidades académicas fuertemente alineadas con las bases que las sustentan y que forman el puntal de las sociedades democráticas. Como se sabe, los avances sociales ocurren en la medida en que los discursos hegemónicos son desplazados por alternativas descentradas y precisamente “las escuelas y universidades son centrales en la producción de una sensibilidad estética establecida y en la difusión de obras consideradas socialmente valiosas, en desmedro de otros patrones culturales” (Engelstad:5189-5190). Por lo tanto es responsabilidad institucional de las mismas la creación de espacios al servicio de la inclusión democrática de todas las identidades de la sociedad, de su preservación y desarrollo en un ambiente seguro y de respeto, y de la proyección no distorsionada de dichas identidades alternativas a otros estamentos de la sociedad (Galoppe:21).

194 195

El proceso es lento pero necesario. Han pasado casi 20 años desde que Laurel Lampéla planteara la necesidad de celebrar en las aulas la presencia de alumnos identificados como lesbianas y gays e incorporar a artistas plásticos gays y lesbianas en la currícula (242). A pesar del tiempo transcurrido, los cambios curriculares de las últimas décadas dan crédito sobre el poder de cambio que se ejerce desde la Academia. Es importante destacar que las problemáticas de género abren genuinos espacios democráticos de libertad y exponen discursos homofóbicos muchas veces camuflados. Como explica Penny Messinger, “el impacto transformativo (...) debe ocurrir (...) en los trabajos científicos, en los libros de texto, en los cursos, en la currícula dentro de instituciones individuales y dentro de la Academia toda” (174). Es imprescindible el trabajo mancomunado a nivel internacional y la incorporación de la experiencia reciente en Latinoamérica, especialmente en Argentina. Como se sabe, las leyes de matrimonio igualitario y de identidad de género han puesto a la República Argentina a la vanguardia de los avances legislativos respecto de los derechos de las minorías sexuales. Es de esperar que esta experiencia positiva desde lo legislativo se complemente con la verdadera aceptación e inclusión de las sexualidades disidentes en el entramado diverso de la sociedad.

### Conclusión

En cuanto a las identidades LGBTQ, se evidencia una estrecha correlación entre el trabajo académico de análisis de estéticas artístico-literarias y la evolución de la visibilidad representada de dichas estéticas. Esta retroalimentación, la que viene ocurriendo desde hace más de dos décadas, ha dado frutos positivos en el avance de políticas igualitarias e inclusivas para las sexualidades periféricas no sólo en los EE. UU. sino en gran parte del mundo. Es responsabilidad de todos acompañar los derechos ganados legalmente con aperturas sociales de respeto,

aceptación y convivencia armoniosamente integradas. Por una sociedad más justa donde la esencia de lo queer de la que habla Halperin nos permita llegar del hacer al ser en el vasto espectro de la diversidad sexual y donde “el otro” nos complete y nos libere al dejar expuesto que la heteronormatividad no es la única opción —absoluta e intransferible— de la subjetividad.

### Notas

<sup>1</sup> Todas las traducciones del inglés son de mi autoría.

<sup>2</sup> Para un informe exhaustivo de importantes movimientos de afirmación y lucha homosexual anteriores a Stonewall, tales como la “Mattachine Society” y las “Daughters of Bilitis”, véase Witt *et al.*, 1995.

<sup>3</sup> Dado que entre el estreno teatral y el cinematográfico de *The Boys in the Band* tuvo lugar la revuelta de Stonewall, el estudio de ambas versiones permite configurar el pulso político-cultural de las negociaciones queer a fines de la década de 1960 y comienzos de la de 1970.

<sup>4</sup> Otro filme que originó protestas durante su estreno en 1980 es *Cruising*, también dirigido por Friedkin. La comunidad homosexual lo consideró ofensivo y peligroso por representar a los homosexuales como asesinos perversos y psicópatas.

<sup>5</sup> Aquí “festivo” es traducción de “gay” en el original. (N. del T.)

### Bibliografía

- BERLANT, L.; WARNER, M. (1998) “Sex in Public”. *Critical Inquiry* 24 (2), 547–566.
- BUTLER, J. (1990) *Gender Trouble: Feminism and the Subversion of Identity*. New York: Routledge.
- CARTER, D. (2004) *Stonewall: The Riots that Sparked the Gay Revolution*. New York: St. Martin’s Press.
- CLEDINEN, D.; NAGOURNEY, A. (1999) *Out for Good*. New York: Simon & Schuster.
- CLUM, J. (1992) *Acting Gay: Male Homosexuality in Modern Drama*. New York: Columbia University Press.
- CROWLEY, M. (1968) *The Boys in the Band*. New York: Farrar, Straus & Giroux.
- DOLAN, J. (2002) “Building a Theatrical Vernacular: Responsibility, Community, Ambivalence, and Queer Theater”. A. Solomon y F. Minwalla (eds.), in *The Queerest Art: Essays on Lesbian and Gay Theater* (1–8). New York: New York University Press.
- ENGELSTAD, F. (2001) “Expressive Forms as Generators, Transmitters and Transformers of Social Power”. N. J. Smelser y P. B. Baltes (eds.) in *International Encyclopedia of the Social and Behavioral Sciences*, 8 (5168–5192). Oxford, Amsterdam, Elsevier.

- FOUCAULT, M. (1978) *The History of Sexuality, Vol. 1: An Introduction* (trad. R. Hurley). New York: Pantheon Books.
- GALOPPE, R. (2006) “La otredad como centro: Espacios ganados a la cultura hegemónica”. *Escrituras*, (7), 13-23.
- HALPERIN, D. (1995) *Saint Foucault: Towards a Gay Hagiography*. New York: Oxford University Press.
- (2003) “The Normalization of Queer Theory”. *Journal of Homosexuality*, 45 (2, 3 y 4), 339-343.
- LACAN, J. (1998) *On Feminine Sexuality: The Limits of Love and Knowledge (Seminar XX Encore 1972-1973)* (trad. al inglés B. Fink). New York: W.W. Norton.
- LAMPÉLA, L. (1995) “A Challenge for Art Education: Including Lesbians and Gays”. *Studies in Art Education*, 36 (4), 242-248.
- LYOTARD, J. F. (1984) *The Postmodern Condition: A Report on Knowledge* (trad. al inglés G. Bennington; B. Massumi). Minneapolis: The University of Minnesota Press.
- MARCUS, E. (1993) *Making History: The Struggle for Gay and Lesbian Equal Rights, 1945-1990. An Oral History*. New York: HarperPerennial.
- MESSINGER, P. (2003) “Interdisciplinary and Institutional Change”. *Journal of Women's History*, 15 (1), 172-174.
- RUSSO, V. (1981) *The Celluloid Closet: Homosexuality in the Movies* (Revised Edition). New York: Harper & Row Publishers, 1987.
- RUTLEDGE, L. (1990) *The Gay Decades From Stonewall to Present: The People and Events that Shaped Gay Lives*. New York: Plume.
- SCHIAVI, M. (2001) “Teaching the ‘Boys’: Mart Crowley in the Millennial Classroom”. *Modern Language Studies*, 31 (2), 75-90.
- SEDGWICK, E. (1985) *Between Men: English Literature and Male Homosexual Desire*. New York: Columbia University Press, 1992.
- (1990) *Epistemology of the Closet*. Berkeley and Los Angeles: University of California Press, 2008.
- SOLOMON, A. (2002) “Great Sparkles of Lust: Homophobia and the Antitheatrical Tradition”. A. Solomon y F. Minwalla (eds.). *The Queerest Art: Essays on Lesbian and Gay Theater*. New York: New York University Press, 9-20.
- WITT, L.; THOMAS, S.; MARCUS, E. (1995) *Out in All Directions: The Almanac of Gay and Lesbian America*. New York: Warner Books.

